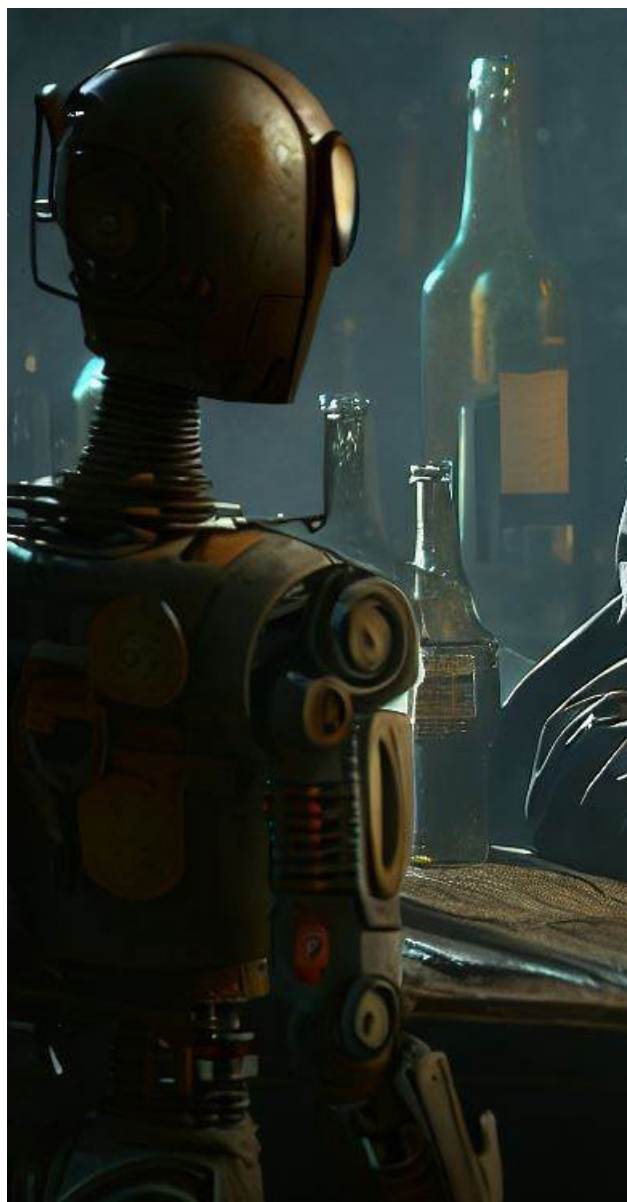


VERSION FINAL



NORBERTO JOSÉ OLIVAR
THE
MARACAIBO
EXPERIMENT



NORBERTO JOSÉ OLIVAR

**THE
MARACAIBO
EXPERIMENT**

VERSIÓN FINAL

Título original: The Maracaibo Experiment
© Norberto José Olivar, 2023
Editor: Carlos Moreno, Diario Versión Final
Revisión de textos: José Luis Monzantg
Diagramación Juan Diego Olivar Rodríguez
Ilustraciones generadas por Inteligencia
Artificial
Madrid/Buenos Aires/Maracaibo, 2023

NORBERTO JOSÉ OLIVAR, DERECHOS
RESERVADOS
PUBLICACIÓN AUTORIZADA, POR EL
AUTOR,
PARA ESTA EDICIÓN ANIVERSARIA (15
AÑOS) DEL DIARIO VERSIÓN FINAL

Prólogo

Para protegernos de los culpables, saltamos al Multiverso Lacustre Alfinger-1529 y, digamos, que todo transcurre en el 2121 de la Confederación de la Enana Roja. Nuestro investigador sideral, teniente Sansón, como aquél de los últimos jueces israelitas, viajó a 20.5 años luz de la Tierra sin saber, a ciencia cierta, por qué se tomaba semejante molestia. Como sea, consignamos acá su historia, o parte de ella, al menos.

De regreso al planeta g

1

Atravesé el sistema planetario de Gliese 581 en mi viejo Thunderbolt, P-47, readaptado para vuelos intergalácticos. Es un poco lento, pero las ocho ametralladoras, calibre 50, dispuestas en sus alas, todavía infunden respeto entre los granujas del universo.

Guardé la nave en uno de los hangares del Aeroclub de Veteranos del planeta g y fui a la cafetería LB, del Sector 18. Al entrar, los manteles verdes coincidieron con mis lejanos recuerdos del lugar.

El mesonero, un achacoso androide de primera generación, se acercó jovial. Saludó usando mi nombre, Sansón, y me hizo la pregunta de una ya olvidada rutina, como si el tiempo no hubiera pasado: «¿marrón cremoso?». «No», dije con una sonrisa afectada por el jet lag, «algunas cosas cambian, tráeme una cerveza, por favor».

El androide salió hasta la barra con su comanda. Se balanceaba hacia los lados, algún desperfecto no le permitía desplazarse en recto. Pobre cacharro. Recordé a los autómatas del siglo XVIII. Me hizo gracia que vistiera el mismo uniforme negro de cuando lo vi por última vez, antes de la revolución: Pantalón, chaleco y pajarilla. Camisa blanca, mangas largas. Todo desvencijado.

«¡Teddy!», dije cuando dejó la cerveza; por fin recordaba su nombre. Me preguntó si deseaba otra cosa.

«No, solo que había olvidado cómo te llamabas».

«Eso pasa cuando dejamos de pensarnos», dijo y desapareció.

Una singular banda del planeta «d», último de la zona habitable del sistema, se empeñaba en interpretar temas de Sandro: “por ese palpitar...”. Nadie prestaba atención. Ordené iguana de corral, a la plancha, con papas fritas. Me quité el gorro Linderberg, las gafas de motorista y saqué los Ray-Ban. La luz que entraba por los ventanales me encandilaba.

Cuando llegó la comida puse mi magullada chaqueta de cuero en el espaldar de la silla y pedí otra cerveza. Al final, dormité con la cabeza recostada a la pared. Me despertó una mujer redonda, treintañera, coqueta y de cara bonita:

«¿Teniente Sansón?», oí que decían desde eso que Hume llamaba realidad objetiva.

«¡Sí!», respondí incorporándome de un brinco.

«Soy Kora», sonrió tímida y me pareció más guapa todavía: «Disculpe la tardanza».

«No te preocupes», la invité a sentarse y ordené cerveza ligera para ella.

Nos sentimos atraídos. Sin embargo, el momento nos impuso asuntos más urgentes. Y después de un trago largo, Kora se disculpa alegando una sed desmedida.

«Aquí la deshidratación es perenne, este solazo mata», digo por cortesía.

La cerveza le deja los labios húmedos.

«Como sabe, quiero que investigue la muerte de mi hermano», dice y aguarda.

«Mis días de investigar pasaron. La edad es un problema en este negocio».

«No se niegue, teniente, usted es una leyenda en la Oficina de Monitoreo Moral de la Fuerza. Es el único que podría encontrar la verdad».

«La famosa MM», dije añorando mis días de servicio: «Nada de eso existe ya».

«No existe la MM. La Fuerza sí. Y mi hermano, Anco, murió en uno de sus calabozos de castigo, en Fuerte Ara»

«¿Drogas?»

«Sé que usted no acepta esos casos», dijo Kora con la mirada esquiva. Agregó incómoda: «Anco se vestía de mujer, imitaba vedettes para entretener a sus compañeros».

«¿Travesti?»

«Sí».

«No tengo nada en contra, pero dentro de la Fuerza es un problema. El comandante de la guarnición es un gorila. La hombría de la tropa siempre es una buena excusa para los abusos».

Noté que la incomodidad de Kora no cedía: «¿Quieres beber algo más?», añadí con esperanza de tranquilizarla.



«Un vino, por favor», dijo al fin.

«¿Un vino?», exclamé sorprendido: «En este lugar solo hay vino hollywoodiense»

«¿Qué vino es ese?», dijo empezando a sonreír.

«El vino de los bárbaros».

Kora ríe.

Añado: «El verdadero vino es francés, italiano o argentino».

«¿Y qué tiene de malo el hollywoodiense?», preguntó con ganas de oír otra ocurrencia.

«Los bárbaros no saben de vinos, pero se valen de la ignorancia para vender sus menjurjes. Lo dijo un escritor italiano».

«Igual me apetece un vino hollywoodiense», replicó divertida.

Le pedí una botella de un genérico cualquiera. Y más cerveza. Me pareció que podíamos volver al asunto:

«¿Y cómo murió Anco?»

Kora me observó aterrada.

«Quemado», dijo y se echó a llorar. Al rato dijo: «El comandante declaró que mi hermano fue el causante del incendio en el interior de la celda».

«¿Nadie advirtió el fuego?»

«Demasiado tarde. Anco falleció en el hospital. A veces pienso que lo dejaron morir para que no hablara. Lo demás salió publicado en el Sistema de Información Estelar ».

«Sí, lo recuerdo. Los Contras trataron de culpar al gobierno del trato denigrante que les da a los soldados», comenté mientras ella bebía su copa de vino.

«El comandante comunicó, primero, que Anco se puso a quemar basura. Después, que se quedó dormido con un cigarro encendido. Por último, dijo que mi hermano estaba realizando una sesión de espiritismo y eso generó el incendio».

«Los Contras aseguraron que usaron un lanzallamas», añadí para ahorrarle horrores.

«El informe final dice que el incendio se provocó en el interior de la celda disciplinaria, con participación del factor humano que se encontraba adentro, sin ningún tipo de injerencia externa. Así, con estas palabras».

«La Fuerza jamás admitirá su responsabilidad, ni dejará que se investigue».

«Eso pensé, pero no creo que usted haya atravesado medio universo para cruzarse de brazos, algo le interesa, ¿no?»

«Vine por la misma razón que hui, querida Kora: la estupidez me irrita y me conmueve. Tuve que refugiarme en la Tierra. Pero ahora que estoy aquí, no sé si podré hacer justicia a tu hermano. No sé, tampoco, si le sirva de algo. Como sea, lo importante es hacer que hablen de lo que pasó. Hemos fallado por omisión. Es triste ver a tanta gente embrutecida. ¿Quieres más vino?»

Debo decir de Kora que tiene ojos marrones muy claros. En este planeta la gente tiene los ojos como personajes de anime, además, la frente amplia y la cabeza ligeramente voluminosa. El pelo de Kora es rubio y corto. Es una mujer atractiva, pudiera decirse que es una versión de la sensual Misa Amanece, con unos kilos más. En cuanto a mí, siempre he dicho, o creído, que soy idéntico a Sam, el rey del

judo; por supuesto, encanecido y cansado, pero nadie lo ha certificado hasta ahora.

Pedí otra botella de vino. Esta vez la acompañé. No es tan malo, pero no deja de ser hollywoodiense.

«Mañana comenzaré a investigar. Ya veremos hasta dónde llegamos», dije resuelto.

Kora saltó de la alegría y me besó. Confieso que cuando se es viejo, uno responde a estas demostraciones de afecto con la misma torpeza de un niño. Para cuando acabamos la botella, ya sabía que Kora vivía en la Costa Oriental. Era un trayecto largo que hacía, sin percatarse, en un antiquísimo Gaz 51, traído directamente desde la Tierra por sus antepasados.

El vino nos aflojó la lengua y los sentidos. «Debo buscar un hotel», dije cuando vi que era la última copa.

«No, te vienes conmigo», replicó Kora y no me hice rogar.

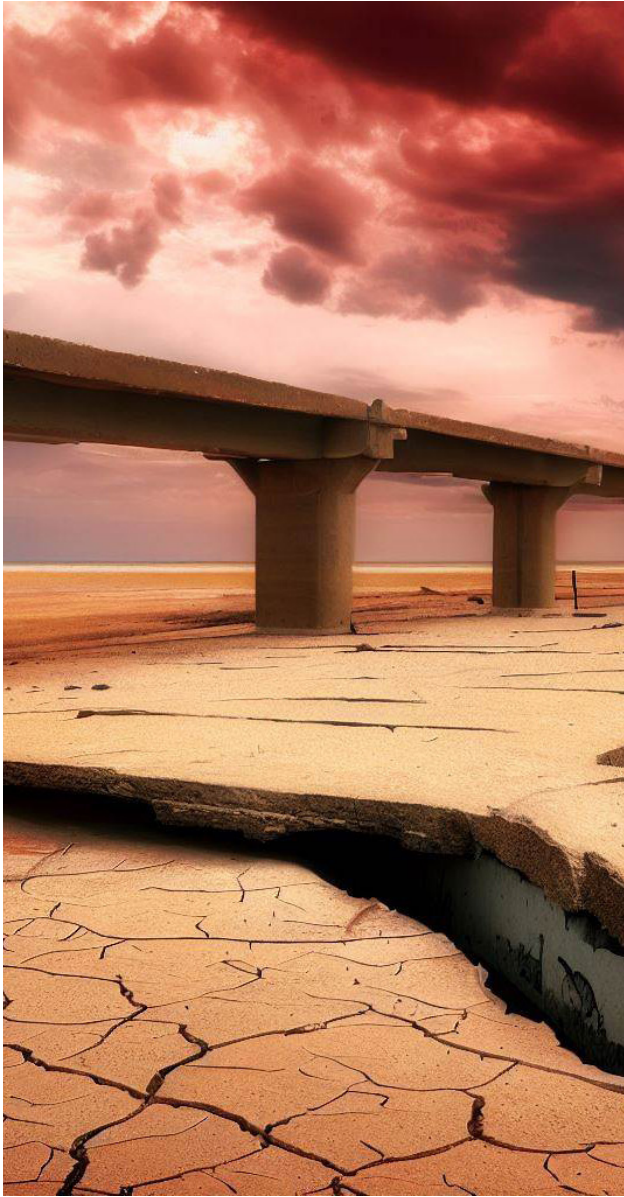
De camino a su casa, manejé el Gaz 51 con cierta curiosidad y placer. El viejo camión exhibía montones de agujeros de

balas. Me explicó Kora que era un sobreviviente de la guerra de Corea, había pertenecido a un tal He Zhiwu, y que nadie, nunca, quiso remendar esas heridas de combate. Eso lo hacía glorioso y amado por su familia, de la que nadie quedaba. Ella era la última de los Ped.

Atravesamos un puente abandonado, una mole de concreto de un poco más de ocho kilómetros, con ciento treinta y cuatro pilas —abrazadas por trepadoras gigantes y reseca— extendido sobre un gran desierto al que, paradójicamente, llamaban El Lago. En su casa, Kora hizo café y llevó mi maleta a su cuarto. Dijo que no necesitábamos hacernos un psico-cardiograma para saber si convergíamos.

«No», dije riéndome: «Pero traje una caja de pastillas para la transferencia de estimulación. Soy un tipo prevenido».

«En realidad prefiero las maneras primitivas: ¡Ven a mí, Pygar!», gritó pícara y borracha, con los brazos abiertos. Sus ojos siguieron centelleando sin parar. Toda una Barbarella.



Me apersoné en Fuerte Ara conduciendo el glorioso Gaz 51. Me recibieron dos centinelas metidos en chalecos antibalas, provistos de un sistema térmico para regular el calor corporal. Llevaban cascos herméticos y oxígeno. Era un equipamiento pensado para resistir altas temperaturas. Los rifles se veían mucho más grandes de los que había usado en mis tiempos. Tenían micro cámaras y radio transmisores debajo del visor nocturno de puntería, seguro de voz, detector portátil de ondas cerebrales para reconocimiento de objetivos —especial para francotiradores— y, por lo que vi, no había que recargarlos. Los sensores fisiológicos y el ordenador iban, ahora, a la cintura. Mucho han cambiado estas cosas pensé, un tanto aturdido, antes de mostrar mi carné de la Fuerza: Teniente retirado. Los guardias saludaron marcialmente y se dispusieron a servirme. «Necesito hablar con el comandante», dije.

Uno de ellos fue hasta la garita y trajo una capta huellas. Pidió que pusiera mi mano en el cristal. La barra de Pare se levantó. Antes de entrar le pregunté si esos eran los rifles de plasma que tanto habían anunciado. Dijo que sí, orgulloso.

El comandante llevaba un parche en el ojo derecho. Se mostraba afable. Me conocía bien. Se refirió a mí como una leyenda rara dentro de la Fuerza:

«Usted tenía todo dispuesto para llegar a lo más alto, pero un día pidió la baja y se largó. ¿Puedo saber por qué?»

Esa había sido la gran incógnita, recibí cientos de correos y llamadas preguntándolo. A nadie le expliqué. No obstante, a este muchacho tan crédulo me provocaba decirle algo. Le puse una reluciente sonrisa y le manifesté que, de pronto, había envejecido. En verdad, no tenía sentido entablar una discusión, con lo que iba a preguntar bastaba para una entretenida trifulca. Al percatarse de mi evasiva, hizo la pregunta que yo esperaba:

«Bueno, ¿y qué lo trae de vuelta?»

«Investigo la muerte del recluta Anco Ped, ¿sabe usted lo que pasó?»

El comandante no disimuló el fastidio. Tronó que había sido un accidente. Todo lo demás fueron habladurías malintencionadas, aseguró.

«Comencemos por el principio», dije haciéndome el gracioso: «¿Por qué estaba detenido?»

Farfulló que el objetivo de la Fuerza es convertir en hombres a los muchachitos que recibe. Y la conducta de este recluta era inaceptable. Parecía una niña malcriada.

«¿Por qué no le dieron la baja de inmediato?», repliqué con la esperanza de mortificar. Él me escrutó. Pude escuchar sus tripas retorciéndose. Explicó que no había nada que una celda disciplinaria no corrigiera.

«¿Por eso lo quemaron con un lanzallamas?»

El comandante se partió de la risa. Comentó que ese cuento del lanzallamas era

de película. Lamentaba decirme que esos equipos estaban en pésimas condiciones, no tenían, ni siquiera, el napalm necesario, ni los dispositivos de fósforo blanco que son los iniciadores de la combustión. Recalcó que de haber usado un lanzallamas, ese joven no habría sobrevivido ni un minuto. Ofreció mostrármelos, pero dije que no era necesario. Cuando me despedí, el comandante añadió, con simulado afecto, que le entristecía que un veterano de la extinta MM se prestara para desacreditar a la Fuerza frente a toda la Confederación. Me llamó terrorista. Uno de sus guardaespaldas me llevó al Gaz 51 y me escoltó hasta la carretera. Entendí que no debía volver.

3

No había nadie en la LB. Teddy dijo que le gustaba servirme de nuevo. Alberto, un calvo pálido y de malas pulgas, propietario de la cafetería, me entregó un sobre: «Lo dejaron hace rato», dijo molesto por hacer de cartero. Era una nota anónima:

Nos vemos en el Jardín de los muertos.

*Un amigo de Anco me contactó para
convenir un encuentro.*

Nos vemos en el Jardín de los muertos.

Vaya esta noche.

Orlando.

Lo primero que hizo Kora, al llegar de la peluquería donde trabaja, fue lanzarse sobre mí. Mientras fumábamos le mostré la nota. Puso cara de espanto. Primero pensé que era propensa al melodrama, después entendí:

«Tenemos que cruzar la Ruta 2».

«¿Tenemos?»

«¡Jamás te dejaría ir solo!»

«Esa vía quedó abandonada hace tiempo.

Todos los puestos de comercio quebraron.

Antes de irme ya parecía una zona demo-

lida por la guerra. ¿Cuál es el problema

ahora? ¿Qué te asusta tanto?»

«Está plagada de mutantes. No sé bien lo

que pasó. Tenía que ver con laboratorios

de manipulación genética. Bebés de dise-

ño, decían en la prensa».



«El hombre nuevo», mascullé, pensativo:
«¿Y?»

«Se convirtieron en una especie de vampiros-caníbales. Y esa cita tiene que ser con uno de esos engendros».

4

Faltaba poco para la noche. La Ruta 2 tiene alcantarillas que exhalan vapor a toda hora. El camino está colmado de trastos retorcidos y esqueletos calcinados. Quemar gente parece una práctica popular en este planeta. El viejo Hotel Maruma seguía en pie, aunque semejaba un edificio recién bombardeado por la Royal Air Force.

El glorioso Gaz 51 se desplazaba con su monótono ronroneo y sus focos cansados. Kora iba a mi lado, muda. Por el retrovisor creí ver que alguien atravesaba, en carrera, hacia el hotel. Me detuve. Giré en u y paré en uno de los rayados de la playa de estacionamiento.

Carros chamuscados por todas partes.

Me puse al hombro mi fiel carabina M1, calibre 30. Y en ristre, una curtida Colt 45. Avanzamos hasta el lobby. Majestuoso. Arruinado. El mármol lucía mugriento. La pestilencia nos golpeó en las narices. Kora temblaba de miedo, sin dejar de seguirme. Un hombre alto apareció al pie de la escalera que dominaba el vestíbulo. Tenuemente borrado por la falta de luz. Se distinguía atlético y vestía un traje de lino rojo. Paró en el último escalón y dijo, con voz grave y firme, que se alegraba con nuestra presencia. Añadió: «Sígueme». No parecía de fiar. Bordeó la sala y nos guio hasta la piscina. Lo que vimos, afuera, fue extrañísimo: El hombre se quitó la ropa y se lanzó al agua junto a otros seis que permanecían sumergidos. Todos eran físicamente idénticos. El mismo rostro. Tenían branquias detrás de las orejas. Carecían de sexo, al menos, a la vista. Nos observaban desde adentro del agua con sus ojos amarillos. Las branquias provocaban burbujas en la superficie. El que nos condujo hasta allí, saltó

desde la piscina como un pez volador y se plantó frente a nosotros. Vi mejor su piel resbalosa, plástica, blanca. Me preguntó qué buscaba. No pude responder. Los otros seis también volaron y nos rodearon. Sonrieron irónicos. Llevaban dientes afilados. Las uñas relucían como minúsculos puñales. Las venas se dejaban ver grises, delicadas. Eran lampiños, calvos y de manos grandes.

«¿Qué buscan?», insistió, amenazante.

«A un hombre», dije.

«Nosotros también buscamos hombres», el sexteto rio unísono, igual que en las películas de gánsters: «Necesitamos sangre y carne. Escasean por esta zona».

Matar sin conocer a la víctima no es correcto, pensé tras calcular que podía eliminar a tres antes de que el resto reaccionara. Me preocupé por Kora, aunque supuse que la Colt 45 sería el centro de atención. En esos segundos Kora podría correr al camión y escapar. Descarto que el Gaz 51 no encienda como en películas de horror, pero mi fugaz elucubración la

desvanece un vozarrón que vino de detrás de nosotros:

«¡Quietos!»

Todos se hundieron en la piscina. El ahuyentador era otra criatura abominable. Igual a ellos. Sospecho que más viejo. ¿El primogénito?

«No debió entrar aquí, teniente», dijo: «Yo envié la nota a la cafetería. Mi intención era alcanzarlo en el Jardín de los Muertos».

«¿Qué son ustedes?», interrumpí, apenas asimilando que tenía frente al remitente misterioso.

«Una nueva raza de hombres. Pero quería que viniera porque un amigo de Anco, Alci Mas, quiere confiarle lo que sabe. La Fuerza lo busca, por eso la misteriosa cita».

Contrariar a quien puede arrancarte el cuello de un mordisco no es de sabios, pensé.

«Bueno, aquí estoy», dije cortante.

Lo seguimos hasta una pequeña oficina escondida tras el abandonado mostrador

de recepción. Confirmó que se llamaba Orlando. Se puso una braga de cuero negro y de un armario extrajo un rifle de plasma. Igual a los de la Fuerza.

«Una donación a la causa», advirtió: «¿Quiere probarlo?»

Lo detallé un rato. Orlando quitó el seguro de voz y apunté a un archivador de latón. El archivador se tornó azulado y desapareció. Solo quedó una tenue quemadura en el mármol. Esto es peor que matar, pensé mirando con indignación el piso tizado por un objeto que ya no existía. La muerte ni se ve.

«Es hora de buscar a Alci Mas», sentenció Orlando.

Entonces le pregunté, apuntándolo con el rifle de plasma, por qué este chico no le dijo a él lo que sabe.

«No tengo la menor idea, teniente», dijo encogiendo los hombros.

«Vamos», dije, no muy confiado del bicho con branquias.

El hombre de la nueva raza subió al cajón del Gaz 51 y gritó: «¡Llegue hasta el



abandonado expendio de gasolina, cruce a la derecha y siga la recta». Le dio dos golpes secos al techo de la cabina. ¿Ordenaba partir? Se acuclilló y usó el rifle como bastón. Dilató las branquias al máximo. Lo observé todo el tiempo por el retrovisor. Pensé en el Abe de Hellboy, un personaje simpático, no este monstruo pretencioso y mandón que llevaba atrás. Hice girar el suiche y arranqué. Kora espiaba de reojo, sabía que iba molesto.

5

El cielo de g es rojo. Tiene una súper luna que en realidad no es una súper luna, sino el planeta d. Y d parece seguirnos como el sol terrícola en vacaciones. Tomamos la Ruta 50. Orlando dice que faltan unos seis kilómetros. El calor aumenta. Dejamos atrás la entrada de lo que fue un parque industrial. Evoqué al Ministerio de la Abundancia de Orwell y festejé mi solitaria broma. En medio de lontananza rojiza distinguimos una estatua gigante: Una

mujer con un niño en los brazos, ¿una virgen? me pregunto.

«¡Deténgase!», grita Orlando y salta desde el cajón hasta mi puerta: «Dejemos el camión aquí», dice.

Kora se despereza como si hubiéramos llegado a un día de playa.

Orlando camina adelante, cree que debe protegernos. Esto es el apocalipsis, pero él parece luchar por algo más próximo. Como diría un amigo: Donde él puede respirar, yo moriría.

Delante se abría el Jardín de los Muertos: Un cementerio confiscado en los días de la revolución. Atravesamos el edificio de crematorios: telarañas, polvo, humedad. Una torre con miles de osarios se perdía en una inexplicable neblina que flotaba sobre el camposanto. Lo demás era grama seca. No había mausoleos, apenas unas pequeñas lápidas con epitafios sensibleros. Pasaron dos horas. Nos tumbamos, cansados. Cogí una lápida de almohada y busqué una rendija, por entre la inquietante niebla, que dejara ver el cielo rojo

de g. El planeta d lucía soberbio. Alci Mas no apareció, pero sí cientos de lechuzas, blanquísimas, de ojos tétricos y amarillos, que empezaron a picotearnos. Disparé a todas las que pude, igual Orlando. Corrimos a refugiarnos en el edificio de crematorios. Todo era una maldita trampa. No hubo más remedio que esperar a que saliera el sol.

«Hay que limpiar la Fuerza, teniente, y solo usted podría hacerlo», dijo Orlando al dejarlo en su hotel de mutantes. Lo percibí avergonzado por el engaño que casi nos cuesta un ojo. Aseguró que, en cuanto contactara a Alci, haría que fuera a verme. Le dije que tuviera cuidado porque alguien cercano fraguó esta emboscada. La Fuerza nos espiaba a todos. Ya veo por qué quieren lincharme los malos, pensé fastidiado.

Un narrador cenital diría que el glorioso Gaz 51 atravesó la Ruta 2 dejando, tras de sí, un polvorín. Al llegar nos curamos los

picotazos y tratamos de lavarnos. Luego, me llevó a empujones a la cama. Empapados. No dejaba de sonreír y de quejarse por las heridas. El agua le corría desde la coronilla. De pronto se detuvo, me apretó entre sus robustas piernas, soltó un quejido largo y una sonrisa espléndida. Así estuvimos no sé cuánto tiempo. Cuando desperté, sentí cierto enamoramiento. Eso no me gustó, por supuesto. Pasé aquel día de mal humor. Kora descifró mis rabietas. Parecía feliz a pesar de las lechuzas de ojos amarillos.

6

Kora tiene pulso para el expreso. Me besó y salió a la peluquería. Quedé en la cocina. Cogí el control, encendí el televisor. Transmitían Evidencias de la Felicidad, un seriado de documentales sobre las obras del pueblo. Siguió con Protagonistas del Cambio, montones de entrevistas a funcionarios, artistas e intelectuales defensores de los intereses colectivos. Lo

apagué. Pensé en Winston Smith mirando los Dos Minutos de Odio. Lo pienso y río. Todo es tan burdo y predecible que mejor ni mirar. Mi elucubración se trunca cuando se acaba el café. En ese mismo momento suena el timbre. Alguien está en la puerta. Alisto la Colt 45, contengo la respiración y abro. Un muchacho, de unos veinte años, salta del susto cuando ve el revólver. Pregunta si soy el teniente Sansón. Me dice que es Alci Mas. Lo invito a pasar hasta el comedor. Preparo café y le sirvo. Estamos en la mesa. Lo imagino pensando que soy un viejo raro. Está bien ser un viejo raro. El café no es como el de Kora, pero el joven lo bebe con gusto. Dice que Orlando le contó de la emboscada y añade que lo lamenta. También dice que estuvo en la Fuerza con Anco. Ya no, porque le dieron de baja. Lo escuché con atención: «El lunes 29 de marzo, al mediodía, pasé a saludar a Anco. Estaba deprimido. Dijo que lo habían metido al pote para desmariconizarlo. El comandante le aseguró que le borrarían esa idea

fascista de convertirse en vedette. Pero que él sabía que era una excusa. La auténtica causa es que sospechaban que andaba metido en la Contra. Me confesó que se había perdido un rifle de los nuevos y el comandante perjuraba que él lo robo. No sé si Anco tendría razón, teniente Sansón, lo cierto es que, en el Fuerte, se oía que lo iban a someter a un tratamiento secreto. Todavía estaba con él cuando apareció un oficial con alcohol, aserrín y una escoba. La orden era que desinfectara toda la celda y lustrara el piso. El oficial se marchó. Anco hizo un inventario de lo que tenía a mano y dijo, ensimismado, que en el baño había un frasco con gasolina, todo para una molotov. Me pidió el yesquero y cigarros. Vacilé un instante, pero no podía negarme. No parecía una buena idea que buscara más problemas».

«¿Tratas de decirme que Anco se suicidó o que fue un lamentable accidente?»

«No lo sé, teniente Sansón. Esa tarde salí de licencia. Mis compañeros aseguran que el incendio sucedió alrededor de las

ocho y treinta. Anco había pasado tres horas en la enfermería, no sabemos por qué. El informe médico dice que fue atendido en la emergencia del Hospital del Pueblo, la madrugada del martes 30. Algo están tapando».

«¡Puros misterios!», dije con ironía: «Lo que no veo es a Anco sacando un rifle de plasma, puede que apoyara a la Contra, pero lidiar con esas armas es otra cosa. El muchacho llegó a la Fuerza a cumplir con el Servicio Obligatorio y le tocó la mala leche».

Me paré por más café. Tomé varios sorbos sin quitarle los ojos de encima al joven Alci. Él sostuvo la mirada sin inmutarse. Un muchacho con carácter, sin duda. Y se lo digo a quemarropa:

«Tú robaste el rifle de plasma».

Me observó callado, con cara de póker y continué: «El comandante debió pensar que Anco sabía la identidad del ladrón y lo culpó para presionarlo. Es una remota posibilidad. Aunque eso no descarta lo del misterioso experimento.

Volví a la cafetera y recargué. Alci aún bebía. Lo miré de espalda con más cuidado. Rodeé la mesa y fui a mi puesto. El café ya no estaba tan caliente, lo tiré al fregadero. El café frío sabe a muerte. Crucé los brazos sobre mi pecho y pensé en voz alta:

«Orlando quiere que provoque un alzamiento en la Fuerza porque nadie seguiría a los mutantes, sabe que los vampiros-caníbales solo sirven para saquear y matar. Y la muerte de Anco fue la excusa para traerme».

El joven Alci replicó que no todos los mutantes son malos. Orlando y otros están tratando de enderezar tanto entuerto, pero no pudo hablar sin alterarse y, en cuestión de segundos, se transformó en monstruo, en vampiro-caníbal quiero decir. Sus branquias se abrían con violencia. Dejó caer las manos sobre la mesa y, sin proponérselo, clavó las uñas en la tabla y al tratar de sacarlas abrió surcos magníficos hasta el borde. Preguntó, ansioso, por el baño y corrió a meterse debajo de la re-

gadera. Solo el agua calma a un mutante. Lo supe con él. Seguimos hablando. Él, sentado bajo el chorro. Yo, recostado al lavamanos: «Hablar de este asunto me enferma», afirma resignado. Continúa: «Orlando quiere que usted averigüe lo que pasó en la enfermería y que ponga orden en la Fuerza».

Pienso en Anco y añado: «Creo que Anco intentó incendiar la celda para que lo sacaran, pero no había nadie en la guardia de los calabozos. Sus carceleros lo hacían dormido».

«Creyeron que seguía anestesiado».

«¡Exacto! Pero Anco era de los que se resistían a la anestesia por su consumo de drogas».

El joven mutante retomó su aspecto humanoide, estilo anime. Exprimió su ropa y se vistió. Comentó que el sol la secaría en pocos minutos. Antes de irse me entregó un pequeño pendrive: «El oficial que verá aquí fue sometido al mismo experimento. Hemos tratado de localizarlo sin suerte. Se lo tragó El Lago».

Kora llegó de la peluquería y enseguida notó que pasaba algo. No pude disimular mi mala cara:

«Revisé varias gavetas buscando un adaptador para el pendrive»...

«¿Y?», dijo con ojazos atentos.

«No lo conseguí», supongo que soné estúpido. Ella cogió su bolso y lo sacó. Lo deslizó sobre la mesa. La miré. Desorbitó los ojos otra vez, interrogándome.

«Lo que encontré fue un diploma de Maestra en Historia».

«Perdí mi licencia de enseñanza por cuestionar, delante de mis alumnos, las habilidades militares y políticas del Ungido Guía», dijo sobreponiéndose al fastidio:

«Alguno de los estudiantes de las Brigadas Juveniles del Pensamiento me grabó y dio parte al Consejo Confederado de Instrucción. El resto lo puedes imaginar».

«También imagino otras cosas».

«¿Ah, sí?»

«Convertiste a Anco en un contra. Lo ani-

maste a ingresar a la Fuerza, querías un topo, pero no sabías de su travestismo y lo de las drogas. Sospecharon de él, o lo descubrieron, ¿no sé? Lo usaron de conejillo de indias y vino lo del incendio».

«Soy culpable de la muerte de mi hermano. No debí involucrarlo. Eso no significa que deba resignarme a que lo mataran», dijo descompuesta.

Cancelé la discusión en ese punto. Instalé el pendrive en el televisor y vimos el video. Aparecía un joven con aspecto de Neandertal lampiño. La locación era austera, un escritorio, una ventana detrás, paredes desnudas, blancas. Dijo llamarse Jeba Osso y declaró lo siguiente:

«En verdad, yo no vi que a Anco Ped lo quemaran con un lanzallamas, ni vi cuando comenzó el fuego. Los enemigos del pueblo me tenían vigilado, me amenazaron. No lo hice por plata, eso no me interesa, solo tenía miedo. Me dijeron que apenas declarara en el tribunal, me sacarían de g. Tenían todo listo para que viviera en cualquier otro planeta de la Confe-

deración. El abogado Jogo Veea, enemigo del pueblo, me escribía todo lo que tenía que decir. Gracias a Dios la DIF me rescató y ahora puedo hablar».

«No creo en la teoría del lanzallamas», pensé en voz alta. Continué: «Si fuera cierta, Anco ni siquiera habría llegado al hospital».

«¿Mi hermano provocó el incendio?»

«Me temo que sí, pero eso no lo mató. Las discrepancias de las horas en que se produjo el siniestro pueden ser la clave».

«¿El supuesto experimento?»

«Notaste algo raro en Jeba Osso?»

«No. Tendría que mirarlo de nuevo».

«No parpadeó ni una vez, no hizo ningún gesto, ni tragó saliva»

«¿Crees que esté enfermo?, ¿Parkinson?»

«No, pienso que le hicieron algo. El experimento».

«Lobotomía del sentido común es lo que parece», farfulló Kora, indignada.

«¿No vas a preguntar de dónde saqué el video?», dije con una idea sobrevenida a la cabeza. Kora, amargada, levantó un

poco la ceja izquierda y decidió dejarme saber lo que, esmeradamente, ocultaba. O parte.

«Orlando envió el video a través de un tal Alci», dijo esquivando mi mirada.

«¿Te preocupa más la conjura que la muerte de Anco?»

«Es lo mismo. Toda nuestra familia murió esperando el fin de la revolución. Anco es uno más».

Caminé en círculos. Puse todo en perspectiva. Miré a Kora y dije:

«¿Eres una maldita mutante?»

«Si no estuvieras pestañando creería que te han lobotomizado, también. Me voy a dar un baño», dijo cansada, sin un dejo de molestia siquiera. Remató: «Ven conmigo, Sansón, necesitas relajarte».

La destrucción de las palabras

1

Desperté intranquilo. Soñé que El Ungido —un hombre alto y robusto— me decía, con voz de padre amoroso que, por el bien de mi pueblo, necesitaban destruir los pensamientos burgueses que me atormentaban. Entonces acercó su rostro y me besó.

Salté de la cama con el corazón en la boca.

Kora hizo café y salió al trabajo. Yo permanecí mirando su diploma de maestra. Las ideas son contagiosas, más si son malas. Eso le pasó a Anco, su hermana se las pegó. Esto es lo que me hace pensar el diploma. Pensar no es bueno. Y el pensamiento que tengo es el rostro de Anco. Y, de seguidas, la hipótesis del experimento se consolida. Pensemos: Anco nunca salió de lo que llaman «estado crítico», mantuvo respiración mecánica todo el tiempo, perdió seis dedos (de las manos) y fue so-

metido a doce operaciones. En los pasillos del hospital corrió que su muerte fue a causa de un paro cardíaco, otros, dizque derrame cerebral, y unos pocos hablaban de mala praxis o que lo dejaron morir a conveniencia. Se supo, sin embargo, según palabras de un médico de la Contra—miembro del Parlamento Estelar— que la autopsia habría revelado infarto cerebral, congestión cardíaca, secreciones pulmonares, hemorragia parietal y hemorragia digestiva superior. El detalle oscuro, y absurdo, es que el informe de la necropsia es «secreto sumarial». La maroma jurídica y policial no fue para tapar lo obvio. La muerte de Anco era inevitable. El manejo aparentemente disparatado del caso sirvió para centrar la atención en el incendio, sus consecuencias y en la responsabilidad de la Fuerza. Si todo esto era preferible a cualquier otra sospecha, ¿qué monstruosidad ocultaban? Sin duda, el experimento. No puede ser otra cosa. Y Orlando y sus mutantes contrarrevolucionarios piensan igual.

Teddy tardó un mundo en traer la primera cerveza, casi tanto como el viaje en Por Puesto hasta la LB. Allí me dispuse a pensar con más provecho.

Bebo, pero mi cabeza es un cuarto oscuro. Jules Maigret dijo que el investigador no detiene su jornada a menos que sepa dónde continuar al día siguiente.

«¿Otra cerveza?», interrumpe Teddy mi perorata mental. Miro su sonrisa servil, sus extraños ojos de muñeco y recuerdo que es un androide. Un espía doble. Sonrío y salgo con otra cosa:

«A Orlando le gustaría que me ayudaras dándome cierta información». Y añadí: «Confirma con él».

Teddy se quedó paralizado un par de segundos. Pestañeó y dijo:

«Voy a preguntar».

Su mueca rastrera y fría volvió. De alguna manera supe que Orlando escucharía, en vivo, el interrogatorio:

«Busca en tu memoria las conversaciones que contengan estas palabras: prueba, ensayo, experimento, proyecto, cualquier

sinónimo, y envíalas a mi móvil como mensajes de voz, por favor».

«Sí, señor. Acabo de transmitirle dos archivos. Cuarenta y dos minutos de grabación».

«Voy a necesitar otra cerveza», dije complacido y escuché el primer mensaje. Pasé al segundo y así hasta concluir que fue una estupidez. En eso llamó Kora hecha un misterio:

«¿Dónde estás?»

«En la cafetería del Sector 18».

«Espérame, me provoca un vino hollywoodiense».

En mis días de activo en la Fuerza, fui un vanidoso un poco raro. Este envanecimiento me venía de los libros, sobre todo, de los libros prohibidos por la Confederación. Leer a Hitchens, Orwell, Bradbury o Mo Yan me hacía sentir aislado en medio de la revolución. La vanidad era mi refugio.

Kora llegó en diez o quince minutos. Y, además, sorpresa incluida, acompañada de la novia de Jeba Osso. Era una flaca platino, alta, piernas tipo Hathaway y con ese toque hidrocefálico que armoniza, misteriosamente, con los ojos de anime que nos caracteriza a los habitantes de este planeta. Me puse de pie para recibir-las y Kora nos presentó. Enseguida llamé a Teddy y ordené el hollywoodiense al que mi amiga, Kora, parece estarse aficionando. Por supuesto, yo no sabía que era la novia de Jeba Osso, fue Kora quien lo precisó más tarde.

La chica pidió disculpas por el atrevimiento de interceptarnos en la LB. No tardaron los detalles:

«Orlando me pidió que hablara con ustedes. El gobierno malogró a Jeba, mi novio, bueno, ex novio, en realidad...»

«¿Te han amenazado?»

«Nadie sabe de mí»

«¿Cómo así?»

«Jeba y yo éramos amantes».

«Hablamos de él como si hubiera muerto».



«Como si lo estuviera, teniente. Cuando salió de El Mirador era otro. Ni siquiera me reconoció»

«¿El Mirador?»

«Sí».

«A ver, Kury, cuéntame desde el principio».

«No hace mucho, Jeba me pidió que lo llevara hasta El Mirador».

«¿Qué hay en ese lugar?», interrumpí.

«Allí funciona una de la oficinas de Minería Espacial. Jeba dijo que tenía una entrevista de trabajo, bueno, él siempre soñó con trabajar en eso. Incluso había tomado cursos de perforación de asteroides, cálculo orbital y hasta iba a matricularse en un diplomado sobre minerales y compuestos volátiles, algo así. Lo que digo, teniente, es que no me pareció raro que tuviera esa entrevista, Jeba era muy centrado en lo que deseaba. Lo único que me llamó la atención fue un comentario que hizo antes de bajarse de mi Vespa (motocicleta voladora): Si grabo una confesión sobre lo que pasó en el fuerte, tengo

el trabajo. Acordamos que lo esperaría al pie de la pantalla gigante de Coca Cola, esa que cuelga del lado Este de la torre escalera de El Mirador, pero luego me escribió un mensaje diciéndome que lo iban a someter a una prueba de sueño y estrés, que lo buscara al día siguiente. Supongo que igual avisó a su mujer. No sé. Cuando volví por él, teniente, Jeba ya no era Jeba. Se montó en el puesto de atrás de la Vespa y no paraba de repetir los eslóganes del gobierno. Yo le pregunté si lo habían vuelto publicista o minero. Ni me oyó. No paraba de recitar pendejadas. Lo dejé en la torre Lama del Centro Minero Espacial cercano al Malecón. Iba a entregar los resultados de las pruebas y ahí fue cuando le vi un pequeño vendaje en la nuca. Bueno, teniente, el asunto es que tengo el pálpito de que a Jeba le hicieron algo en El Mirador. Estoy segura».

«¿No le preguntó nada sobre esas pruebas?»

«Varias veces, teniente. Él solo decía que había dormido todo el tiempo».

«¿Dónde está Jeba en este momento?»
«Encerrado con su mujercita. Ya no me busca para nada ni me responde. Ahora es el esposo perfecto», dijo Kury furiosa.
«¿No recuerdas otra cosa?»
«El carné ridículo que le dieron»
«¿Qué tenía de especial»
«Nada. La cara del Ungido Guía, el logo de la Minera y un poco de palabras raras: Departamento Nexus 6. Proyecto Vaucanson. Prototipo 2».
«¿Me llevas en tu Vespa a El Mirador?»
«¿Va a entrar?»
«No. Solo a echar un vistazo. Paramos en la plaza que está al frente».
«Yo los espero aquí», dijo Kora resignada.

Llegamos en siete minutos. Nos tumbamos junto al seto y simulamos ser pareja. Kury me hacía cariños mientras yo miraba a través del móvil, en modo binocular. La puerta principal era de vidrio y estaba custodiada por dos efectivos de la Fuerza que, además de los rifles de plasma, lleva-

ban exoesqueletos de combate. La enorme y rectangular pantalla de ledes, que colgaba a lo largo de la torre escalera de El Mirador, parpadeaba acompasada entre las palabras Enjoy y Coca-Cola y cerraba con el resplandeciente rostro de una geisha con ojos anime.

«Eso no parece una oficina para pruebas de admisión», comenté tratando de calcular cuánto podía medir la sala mirador del tope de la torre: ¿Diez por diez?; ¿once por once? Se lo pregunté a Kury.

Dijo: «Once por once».

«Es pequeña».

«¿Qué piensa?»

«Demasiada seguridad para lo que dice ser. Tengo que subir», mascullé nervioso.

«¡Está loco!»

«Le disparamos a la pantalla de Coca-Cola y cuando los guardias corran a mirar, entro».

«No me parece», replicó Kury.

«Si funciona en las novelitas pulp de Curtis Garland, ¿por qué no va a funcionar en esta?», dije riéndome de la ocurrencia.

Kury la ignoró.

«¿No es más fácil capturar a Jeba y revisarle la nuca?»

Las mujeres siempre tienen mejores ideas, aunque esta parecía venganza. Soluciones globales, pensé con ironía.

«Tú ganas. Volvamos con Kora», dije.

La Vespa parecía planear sobre el íngri-mo camino. Un tenue zumbido eléctrico, como de relay, nos acompañó todo el tiempo. Kury llevaba un casco oscuro, pantalón y chaqueta de cuero negro. Yo iba con los Ray-Ban. No hablamos hasta que estuvimos en la mesa junto a Kora. Levanté la mano para que Teddy se acercara:

«Dile a Orlando que me llame a la medianoche. Y tráeme un expreso bien cargado, por favor».

2

Ha pasado una semana sin noticias de Jeba Osso. Orlando dijo que se encargaría, él mismo, de la operación, es decir, del

secuestro, y llamaría. Pero no tengo idea de cómo va ese asunto. Mis días pasan en blanco. Me invade el tedio. No consigo algún otro filón que pueda aprovechar en el caso del joven Ped. A veces me pregunto si estaré resignándome. No puede ser que mi día se reduzca a esperar a Kora.

Empujado por esta fatalidad (estoy melodramático) decido tomar el Por Puesto de la Ruta 4 hasta la Ruta 12 y caminar los pasillos del histórico Mercado Las Pulgas. Lo curioso es que hay legiones de funcionarios de la Confederación en busca de alimentos no autorizados: carnes rojas, pollos, fiambres, pero hay negociantes audaces. Tienen un sexto sentido que les permite diferenciar a burócratas de subversivos o simples curiosos. El pasillo de ferreterías, por ejemplo, es un camuflaje de un variado expendio de armas, desde reliquias de pólvora hasta ligeras de plasma de última generación. El pasillo del placer es una maravilla: mujeres y hombres de todo el sistema planetario de Gliese 581 se venden a precios accesibles.

Aclaro que un aspecto positivo de estos tiempos es la salubridad amorosa. No hay enfermedades venéreas ni nada parecido. El amor nunca fue tan libre y pulcro. Rápido me decido por una morena de rulos y ojos pequeños. Tiene que ser de la Tierra, pienso. No le pregunto nada, tampoco cruzamos palabras. Un aviso, frente a la cama, indicaba la tarifa del servicio y las reglas.

Si debo seguir la relatoría de este paseo, me salto directo al pasillo de entretenimiento (música y cine) que me dejó impresionado y agradecido. ¡Pues sí! Resulta que entro a uno de los cubículos de películas y reviso una versión, antigua, de *Bel Ami*, y por ningún lado menciona a Maupassant. El dependiente me observa devolverla a su lugar y dice que es muy buena, que sale una actriz, preciosa, llamada Uma Thurman, una exuberante terrícola. Lo miro, un poco fastidiado, y respondo que prefiero el libro. Él me observa con recelo, arquea sus cejas de diablo y ofrece resuelto:

«Tengo libros prohibidos, ¿quiere verlos?»

No lo dudo ni un segundo. El dependiente quita el sicodélico taburete donde estaba sentado, remueve la alfombra y levanta una compuerta en el piso. Y dice con una ensayada sonrisa:

«Abajo hay alguien que lo atenderá».

Bajo por una escalera de aluminio y ante mí se abre un sótano repleto de libros y películas.

«Si desea preguntar algo estoy al final del pasillo», dice un viejo encorvado y lento. Camino fascinado por entre dos pasillos de estanterías. Los títulos van apareciendo sin orden alguno: El país de las últimas cosas, La República, Esperando a los bárbaros, La libertad del espíritu, Nosotros, Los dedos en el guante de Granger, pero me detengo, con cierta emoción, en 1984. Lo tomo y digo al viejo que lo llevo.

«Debe pagarlo aquí abajo», exigió con indiferencia absoluta. Y añadió: ¿No va a mirar más?

«No. En otra ocasión».

El viejo se encogió de hombros y acor-

damos un precio. Carísimo. Le pregunté antes de subir la escalera si había un bar cercano donde pudiera sentarme a leer sin peligro.

«La cantina Mos Eisley. Está en el pasillo 6».

El bar era un antro. Me instalé al final de la barra y pedí un Vodka Martini, agitado, no revuelto. Del ordenador de Wuher, así se llamaba quien atendía —un wayúu travesti— sonaba algo que parecía swing jazz. Figrin D'an, dijo el cantinero que era el nombre de la banda. Leo con avidez. Como si quisiera tragarme el libro antes de que algún policía me lo quitara. Llego a un diálogo que me conmueve: La destrucción de las palabras es algo de gran hermosura, dice Syme a Winston. Recuerdo una conversación entre Clarisse McClellan y Montag, en Fahrenheit 451: Es un buen trabajo. El lunes quema a Millay, el miércoles a Whitman, el viernes a Faulkner.

«¿Es un buen libro?», interrumpe Wuher con una risa pícaro.

No respondo. Intento sonreír y pido otro trago.

Junto al ordenador de Wuher hay una vieja pistola láser. Él me descubre mirándola y dice, de lo más tranquilo, que es para los clientes que se ponen pesados. Asiento y sigo con mi lectura hasta bien entrada la tarde.

El Mos Eisley comienza a llenarse y sé que ha concluido mi tiempo. Pago y Wuher comenta que vuelva cuando quiera, le gustan los clientes que se dedican a leer o sacar cuentas. Agradezco la deferencia. Afuera, la bulla y el calor son agobiantes. Tomo una Moto Taxi (voladora) a casa de Kora y llego antes que ella. Justo para recibirla con la cena puesta.

«¿De dónde sacaste este cordero?», dijo Kora, atragantada, masticando el primer corte que hizo: «¿Qué le echaste?»

«Vino hollywoodiense, perejil, pimienta y limón. No había nada más en tu despensa».

«¡Está rico! ¿Cómo lo conseguiste?»

«En Las Pulgas»

«¿¡Qué!?»

«Así como oyes. Y traje 1984 de Orwell. Di con un lugar de libros no autorizados». Llené un par de copas con vino hollywoodiense y leí para ella. Me cuenta que una vez, habló en clase sobre la destrucción de las palabras. Al día siguiente consiguió el formulario de retiro sobre su escritorio. Tuvo ganas de llorar.

Acabamos la botella del vino hollywoodiense. Hice café y bebimos en silencio. Kora fue al cuarto por su diploma de historia, prendió una hornilla y lo quemó sin titubear. Volvió a sentarse y siguió con el café.

«El pueblo no es más que un ejército de tontos en reposo», dijo crispada.

Respiré profundo.

Encuentro en la pila 67 del desierto

1

El cuarto de Kora tiene una vista privilegiada al desierto de El Lago. Ella duerme desnuda y yo la observo. Es una mujer hermosa, su gordura no es amorfa, ni le cuelgan pellejos de las extremidades. Huele a mujer coqueta y sabe reír. Es inteligente y educada. Lo único despreciable es su adicción al vino genérico. Nadie es perfecto. El día es rojizo y menos caliente que los anteriores. Miro la pantalla del SIE y no hay noticias.

El ordenador de Kora se conecta a una red clandestina. Accedo a ciertas páginas que la Confederación no ha logrado bloquear. Leo en voz alta.

«¡Ya me paro a hacerte el café, coño!», gruñe Kora.

Su café es un milagro, pienso y vuelvo a la lectura.

La espera terminó. Un mensaje de Orlando nos cita al pie de la pila 67 del fantasmal puente sobre el desierto de El Lago. En media hora, dice el texto. El sitio acordado es inhóspito. Lo cruzan miles de metros de tuberías oxidadas y cables carcomidos: Desde arriba, el desierto parece un plato de espagueti. En las entrañas de esos tubos flotan miles de ojos. Nos acechan. La mala hierba decora el paisaje. La sensación térmica sobrepasa los cuarenta grados centígrados. El Gaz 51 apenas si se veía entre las gigantescas cañerías. Orlando apareció, conduciendo, en una especie de injerto entre Lamborghini y Hummer. Era un carro de combate, como el Acróbata de Batman Begins. En cuestión de minutos llegamos a una iglesia abandonada, La Guadalupe, resguardada por mutantes. En el breve trayecto, Orlando dice que Jeba Osso fue secuestrado cuando salía del motel Hundertwasser en los márgenes de la Ruta 77. Dijo, a modo de chiste, que al parecer tenía una amante asignada.

«De allí lo trasladamos a la iglesia. El doctor Frank debe estar revisándolo ahora», explicó mientras aparcaba por detrás de La Guadalupe.

No habíamos entrado bien cuando el doctor Frank nos interceptó, angustiado:

«Jeba cree que estuvo en el motel con una mujer llamada Kury, pero ya verificamos que no fue así», resumía el doctor para nosotros, aunque más para Orlando.

«¿Está loco?», preguntó Orlando, afligido.

«No lo creo. Tiene una percepción manipulada de la realidad».

«¿Eso no es locura?»

«El caso es que tiene un dispositivo colocado, quirúrgicamente, entre el cerebelo y el mesencéfalo. Ni idea de cómo lo hicieron, pero si lo remuevo podría provocarle un derrame, un paro respiratorio o un infarto, puede que todo junto. No lo sé. Es impredecible. Por lo pronto, le extraje del estómago un transmisor NIS, en forma de cápsula farmacéutica. Lo destruimos lejos de aquí, por supuesto».

«¿Qué recomienda, doctor?», preguntó

Orlando, dubitativo.

«El problema no es la salud de un paciente. Es una decisión política».

«Remuévalo entonces», dijo Orlando a secas.

«¿No te importa que muera?»

«¡Debo tomar la decisión, teniente!»

«Cuando defiendes la vida de otro, lo haces por tu propia vida. Es una verdad instintiva. Excede el entendimiento de cualquier idiota de la Confederación», discursé con una flaca esperanza.

Las branquias de Orlando se expandieron a lo máximo. Corrió al baño y se metió bajo la regadera. El doctor y Kora quedaron extrañados, pero les aclaré que el agua lo tranquiliza. Al cabo de veinte minutos, apareció ante nosotros y dijo, lacónico:

«Remuévalo».

Ni Kora ni yo hablamos. Nos sentamos en una banca a esperar que el doctor saliera de la sacristía. Allí habían montado su quirófano. Orlando regresó a la regadera, parecía más nervioso que al principio.

Kury llegó a llorar.

«Vivir en g es como estar en la serie Tierra de gigantes, una especie de planeta gemelo de la Tierra. La única diferencia es el tamaño de las cosas, de los ojos y las cabezas de las gentes. Y de los problemas, claro. Quizás, por eso, g sea considerado una súper Tierra, cuatro veces más grande. Por esta razón, en g o Zarmina, como le llamó su descubridor, el navegante Steven Vogt, en honor a su esposa, todo puede mirarse con más detenimiento.

El doctor Frank salió con malacara.

«¿Qué pasó, doctor?», pregunté, inquieto.

«¿Dónde está Orlando?», replicó él.

«Debajo de la regadera».

El doctor caminó hasta el baño y le seguimos.

«Jeba no aguantó. Está muerto», dijo el doctor sin rodeos. Orlando se puso de pie y preguntó:

«¿Es todo lo que va a decirme?»

«Comenzó con un derrame, luego un paro respiratorio y, finalmente, un infarto fulminante. Tengo la impresión de que se trata de una cadena programada que se dis-

para al remover el artefacto. Quizás exista algún procedimiento para detenerla», explicó el doctor Frank. Abrió, entonces, una de sus manos y enseñó a Orlando el aparato removido. Parecía una garrapata de titanio con solo dos patas delgadísimas y maleables. Una más larga que la otra. Orlando lo observó con estupefacción y concluyó indignado:

«Es un chip neuromórfico. Jeba era un ciborg. Controlaban sus emociones, sus pensamientos. Su visión del ambiente, de los objetos. Un chip neuromórfico puede cambiar el mundo sin cambiarlo».

«Como todo, depende del uso», murmuré sin ánimos de contradecir.

«Claro, puede repotenciar las funciones del cuerpo, entre ellas la estupidez», objetó con amargura.

«Especulemos un poco», intervino Kora: «Kury nos dijo que Jeba había sido aceptado en el proyecto Vaucanson. Y buscando en la red conseguí esto. Oigan: Jacques de Vaucanson (1709-1782). Fue el inventor del primer robot. En 1737, construyó su autómatas, El Flautista, un pastor, de ta-

maño natural, que tocaba el tambor y la flauta. Ese mismo año, creó dos autómatas adicionales, El tamborilero y el Pato, este último con aparato digestivo, considerado, además, su pieza maestra. Podía batir sus alas, beber agua, digerir granos y defecar...»

«Está claro: La Confederación quiere autómatas, no ciudadanos», dije con ironía. «Los soldaditos son conejillos de indias», añadió Kora.

«Mi pobre, Jeba», dijo Kury desconsolada.

«El reporte del incendio, en Fuerte Ara, fue a las ocho y media de la noche. Y la entrada a la urgencia del hospital se estima entre una o dos de la madrugada. ¿Cinco horas perdidas? El mismo tiempo que ha tomado remover el chip. Eso es lo que tratan de tapar», dije como si aquello resolviera todos los problemas.

«¡Eso mató a Anco!», gritó Kora furiosa. Vimos el cuerpo inerte de Jeba. Una incisión —profunda y limpia— cruzaba desde la nuca hasta el cráneo. Kury corrió a llorar en el altar. Kora quedó paralizada

frente al horror, supongo, pensaba en todo lo que había sufrido su hermano. La escena parece sacada de *The host*, cuando extraen las almas invasoras de los cuerpos humanos. Recuerdo que estas almas invasoras controlaban las mentes de los terrícolas para salvarlos de la autodestrucción. Kury no ha soportado el peso de los hechos. Ha corrido a refugiarse en sus creencias. Asegura que las profecías del fin se están cumpliendo. ¿Las profecías del fin?, digo intrigado. Me gustaría explicarle que las verdaderas profecías del fin están en los relatos y los films de ciencia ficción. En esos mundos imaginarios llevados al límite.

«Ahora el único misterio somos nosotros», pienso en voz alta.

«¿Qué quieres decir?», me interroga Orlando, sospechando la respuesta.

«Somos unos vulgares asesinos».

«A veces no existen salidas. La vida o la muerte de Jeba nos perjudica por igual».

«Nada justifica decidir sobre la vida de otro».

«¿Y qué podemos hacer?, ¿esperar a que

las bacterias terrestres trabajen por nosotros?, respingó Kora de mal humor.

«Mi Jeba habría pedido que le sacaran esa cosa», canceló Kury la discusión y los ánimos de filosofar.

«Vamos a enterrarlo en el patio», dijo el doctor Frank, fatigado.

Envolvimos el cuerpo en sábanas y Kury se encargó de guiar el espíritu de Jeba a su nueva vida. Eso fue lo que entendí de aquella triste ceremonia, dejada a medio andar porque avistamos un dron-centinela rondando en las cercanías. Orlando dijo que nos marcháramos en el Acróbata, él tomaría la Vespa para distraerlo. Se haría perseguir hasta El jardín de los muertos y allí, seguro, desistiría de la captura.

«Espere a que me comunique, teniente. Tenemos que ir a El Mirador», dijo Orlando antes de perderse en la Vespa y el dron-centinela tras él.

Esta no es mi guerra.

1

El Ungido convocó a una concentración en la Ruta 77. La gente marchaba con una mano puesta en palma de yunque, mientras martillaban con la otra. Gritaban, al unísono: ¡A-se-si-nos!, ¡A-se-si-nos!

La transmisión del SIE decía que los enemigos del pueblo mataron a un joven soldado de la patria, y los responsables serían castigados “con todo el peso de la ley”.

Las imágenes que se sucedían en la pantalla, parecían una vieja cinta de zombis: rostros pálidos, movimientos mecánicos, sincronizados por el desánimo. Pero al subir el Ungido a la tarima, todo cambió. Los marchantes comenzaron a empujarse y a trepar unos sobre otros, tratando de tocar o ser mirados por su amado líder.

El Ungido comenzó su discurso pronunciando el nombre del soldado muerto. La masa tronó compungida, gritó iracunda. El Ungido y el Pueblo, la unicidad del poder. La verdadera democracia. El soldado

muerto es un hijo. Y un hijo se llora y se vengá. El pueblo es juez. Él, verdugo. La venganza es mía. Mi ira, inescrutable. El Ungido ríe. Abre los brazos. La lluvia lo purifica. Sus ojos lloran. La pantalla gigante, de detrás, lo amplifica. Lo digitaliza. Lo hace espíritu. Su cuerpo magnífico está protegido y reforzado por un exoesqueleto, como sus soldados. Es como ellos. Ellos como él. Es un titán. Y se despide con promesas y profecías. Pronuncia, de nuevo, el nombre del soldado muerto. Jeba Osso somos todos, dice. Y ellos gritan: ¡A-se-si-nos!, ¡A-se-si-nos! Levanta los brazos, de sus manos llueven migas de pan. El luto se hace murmullo, llanto, pero el Ungido no puede dejarlos así. Su poder es la palabra. La masa necesita más de su verbo. El clímax. Dice, pues, lo que todos quieren escuchar, lo que siempre ha dicho, lo que cualquiera podría decir, pero que en su boca suena verdadero: ¡Un ejército está naciendo. Los poderosos van a caer. La sangre va a correr!

Kora entró a la casa. Se veía triste. Desconecté la pantalla del SIE y aguardé a que hablara. Le serví un trago de Tsing Tao. Finalmente, dijo a quemarropa:

«Kury se tiró de la pila veintiuno del Puente».

Pensé en el síndrome de Goethe.

«¿Dejó alguna nota? ¿Habló con alguien?», pregunté.

«Nada», respingó.

«¿Despecho?»

«No imagino otra cosa».

«¿Quieres comer?»

Kora no tuvo tiempo de responder. Un mensaje de Orlando nos pedía vernos ahora en la Basílica.

Atravesamos el desierto en silencio. Ver la pila de Kury fue incómodo.

Dejamos el Gaz 51 en la plazoleta de la Basílica. El portero preguntó quién nos había invitado, buscó nuestros nombres en una compu de pulsera y nos hizo entrar a un lobby angosto. Kora puso su pulgar en un capta huellas y abrió una puerta de hojas de acero. Entró a un tubo de vidrio blindado que giró ciento sesenta grados.

Yo repetí el procedimiento. Ambos quedamos estupefactos cuando estuvimos del lado dentro de la iglesia. Que ya no era iglesia. La música estremecía el piso y golpeaba en la piel. Un sistema de luces DMX21 hacía del lugar un festivo purgatorio. Alci nos interceptó. Andaba en su forma natural de mutante. Despreocupado. Nos miró con alegría alcohólica y nos llevó con Orlando que esperaba en la barra frente al altarcito con cúpula de cielo estrellado que abre majestuoso. Y en medio, pintadas en dorado: J.H.S. También había un Cristo Negro Crucificado con ojos amarillos, flanqueado por una María vestida como Madonna, y un José idéntico a John Lennon.

La Basílica estaba conformada por catorce pequeñas barras (bar station) con quince puestos, distribuidas en cada una de las estaciones de la Vía Dolorosa. El Dj oficiaba desde el altar principal. Sonaba un track que parecía la versión extraterrestre de Señorita. Y Orlando se divertía con nuestra perplejidad.

«No es la primera iglesia que corre esta

suerte», explicó Orlando antes de ordenar cerveza para todos. Pusimos las banquetas en círculo: «¿Ya saben lo de Kury?», preguntó ahora con el ceño fruncido. Y expandiendo sus branquias.

«Sí», dijo Kora, cabizbaja.

«¿Sabes por qué lo hizo?», pregunté.

«¿Cree que una mujer tan fuerte y decidida se quitaría la vida así nomás?»

«No lo sé», dije.

«Nada como la venganza para desear vivir. Kury no soñaba con otra cosa, teniendo».

«¿Quién la tiró del puente, entonces?», preguntó Kora indignada.

Yo la miré, ofuscado, y respondí por Orlando:

«¡Por favor, Kora, ni falta que hace: la revolución, El Ungido, la Confederación, como quieras llamarlo! ¡Lo mismo que mató a tu hermano!»

Alci se unió al círculo. Fumaba un Montecristo. Dio una chupada larga y habló:

«Han convertido el estadio El Grande en cárcel. Ahora lo llaman el Sector 9. Allí se han llevado a todos los de nuestra raza».

«El Ungido nos ha culpado de la muerte de Jeba Oso», murmuró Orlando.

«Tampoco era gran cosa deducirlo, ¿no?», mascullé.

«Lo cierto es que los van a trasladar a El Mirador, en pequeños grupos. El chip neuromórfico los hará útiles al pueblo».

«Tenemos que pasar a la ofensiva», dijo Orlando con aires de prócer.

«Esta ya no es mi guerra», dije con cierta vergüenza.

«¿Piensas que esta estupidez no va a llegar a tu refugio de la Tierra?, me interrogó Kora, iracunda.

«Si no te mueves, te mueres», dijo Alci con su habano a la mitad. Y los ojos irritados.

«Tenemos un cañón de fotones, teniente», dijo Orlando como si eso le diera sentido a la conversación.

«Ellos tienen cientos», repliqué.

«No le digo que vamos a ganar la guerra, pero podemos complicarla»

«¿Planeas bombardear El Mirador?»

«¿Qué otra cosa puedo hacer?», dijo Orlando con resignación.



2

«No es el amor lo que nos cansa, sino nuestra incapacidad de ser libres, decía Bellow. Pero la gente prefiere renunciar al libre albedrío. Agradece que otro, El Ungido, digamos, se haga responsable de sus vidas».

«Ni Orlando ni Alci, ni el resto de los mutantes lo entenderán jamás», dijo Kora afligida.

«Tampoco los zarminanios», añadí, sintiendo retorcijones en la barriga.

«Como dijo Wilde: No hay más pecado que el de la estupidez».

Kora me aventó, en el glorioso Gaz 51, hasta la LB del Sector 18. La invité a comer, pero se negó. No le gustan las despedidas largas, dijo. Y emprendió el regreso. Ordené una cerveza y un sánduche.

3

Iba a la mitad de mi sánduche, cuando el SIE interrumpió Los amantes del círculo

polar para dar la noticia más estremecedora que se haya dado jamás en Gliese 581: En un hecho jamás registrado en la historia del universo, se produjo el deceso de El Ungido a causa del bloqueo total de su tráquea, provocado por una hoja de lechuga. Sucesos como este recuerdan nuestra escalofriante fragilidad, decía el dramático reporte. Enseguida apareció en escena el Alto Mando de la Fuerza y exhortó a mantener la calma. Notificaron que ya se habían girado las instrucciones requeridas para retirar al agnate del Ungido, de su estado de hibernación, y descargar en este la memoria del Amado Líder. La normalidad se restablecerá en cuestión de horas, aseguraron. El Ungido Continuator estará pronto entre nosotros.

4

Kora soñaba con empezar una vida. Mis planes, en cambio, consistían en terminarla. Las soserías de g quedaron atrás como una pesadilla, mientras la realidad se presentaba ante mí, bestial y efímera.

Solo me despedí de Teddy. Me puse mi chaqueta, el gorro Linderberg, las gafas de motorista, y caminé hasta el hangar del Aeroclub de Veteranos. Encendí el viejo Thunderbolt, P-47, readaptado para vuelos intergalácticos. Introduje un casete en el repro y sonó Sway en la voz inconfundible de Dean Martin. Ajusté el retrovisor, calcé el cinturón y vi a los vengativos caballeros de la navaja de afeitar hacerme señas; entre ellos, al inefable Sweeney Todd, con ojos lunáticos, amarillos, corriendo hacia mí.

*También para mis amigas: Violeta Rojo,
Tibisay Guerra y Jacqueline Goldberg
Que leyeron el primer borrador de esta
crónica sideral y me animaron a seguir.*

Maracaibo, 2011